

FAMILIA

JULIO





La hora de los libros



La lectura de los clásicos

¿Conoces, lectora mía, a alguno de los clásicos de tu idioma? Estoy segura, de que si sientes la amable devoción de los libros, no te son desconocidos los nombres de Shakespeare, ni de Corneille, y que de cierto habrás leído a más de algún autor francés mediocre o alguna estridida y desleída novelista de la rubia Albión. Y con la misma certeza juraría que no has dedicado una mirada de tus ojos inteligentes a voltear las páginas de un príncipe de tu lengua. Los nombres de Fray Luis de León, de Fernando de Herrera "el Divino", del dulce Garcilaso, no te son familiares y sus obras no han podido seducirte. No es tuya la culpa. ¿Cuánto siento que de chica no te hayan inculcado el amor por esta elevada clase de literatura! Han puesto en tus manos de adolescente libros traducidos, libros de segundo orden, novelas deslavadas, revistas y periódicos en que toda vulgaridad tiene su asiento y no te han permitido, acaso, hojear el *Quijote* ni leer un auto de Calderón. Acaso también una institutriz extranjera o un colegio de francesas te dió el gusto por las letras ajenas y te inculcó la falsa, la errónea, la descabellada idea de que tu lengua era menos rica que las otras o menos dúctil que ellas para expresar los matices sutiles del pensamiento.

Si sientes, lectora mía, que tu lenguaje no es bastante rico, si tienes dificultad para expresarte, si acaso mezclas en tus frases cantidad de vocablos forasteros, porque los crees más aptos para traducir el vaivén inquieto de tus modernos pensamientos, no es de seguro, porque tu idioma sea más pobre, sino porque tú lo conoces más deficientemente que los demás. Y piensa que hay una profunda verdad en la frase de Lord Chesterfield cuando asegura que la educación de una persona se conoce en el modo cómo maneja su idioma nativo.

Felizmente, en materia de educación casi nunca es demasiado tarde para comenzar y esta vez podrás juntar en tu tarea lo útil a lo agradable. La lectura de los clásicos te dará la mejor de todas las oportunidades para conocer el veneno abundoso e inagotable de tu idioma y te lo señalará en cuanto tiene él de más elevado y magnífico.

Las ediciones de los clásicos castellanos no se encuentran en forma tan barata como la de los grandes maestros de otros países; en realidad, no están todavía al alcance del gran público; pero si se gastan corrientemente cuatro o cinco pesos por un romance cualquiera de pacotilla, ¿por qué no podría dedicarse igual suma a comprar la edición de algún príncipe de nuestras letras? Actualmente hay dos casas editoras europeas que se preocupan de dar a luz las obras de los clásicos anotadas y comentadas por buenos críticos. Son la Casa Editora de "La Lectura" en Madrid, y la de Luis Michaud en París.

De las dos, sin disputa, la primera es la mejor. Sus ediciones son acabadas muestras de la crítica y de la filología modernas; son preparadas por eminencias lingüísticas y están a la altura de las mejores que se hacen en Inglaterra o Alemania sobre sus clásicos respectivos. Garcilaso, Fray Luis de León, Sta. Teresa de Jesús, Fernando de Herrera, entre los autores del siglo de oro, el fino y cosmopolita marqués de Santillana entre los primitivos, el duque de Rivas entre los modernos, han merecido ya seridos volúmenes en esta biblioteca.

Más, de todas las obras editadas por "La Lectura" ninguna a mi juicio mejor documentada y anotada que la de "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha". Es la mejor de todas las ediciones críticas de la obra inmortal y está al alcance de los bolsillos y de las inteligencias tan modestas gracias a la sencillez de sus anotaciones, a la presentación de ellas, y a la exigüidad del precio.

En estos meses de invierno, cuando la lluvia golpea lánguida e isócronamente nuestras ventanas, cuando el reposo nos llama a cobijarnos al lado del fuego y a dejar que la mente vague tras las volutas caprichosas de un ensueño largamente acariciado, cuando encontramos tiempo para las meditaciones y para las veleidades de la fantasía, bien podemos acogernos también a la lectura de uno de los clásicos y apropiarnos con recogimiento y calma a saborear entre otras, aquella hermosísima élegía que comienza:

"El dulce lamentar de dos pastores
Salicio juntamente y Nemoroso
he de cantar, sus quejas imitando.
Cuya ovelas al cantar sobrosos
estaban muy atentas, los amores
de pacer olvidadas, escuchando..."

Dos libros nuevos que interesarán a las damas: "La Infancia Desvalida" por don Ismael Valdés Valdés y "Santiago Futuro" por don Alberto Mackenna Subercaseaux.

Entre los signos de buen augurio para el porvenir de nuestro país y de su capital, deben contarse los dos libros cuyos nombres encabeza este acápite. Aunque distintos por la materia de que se ocupan, son semejantes por los fines altruistas y verdaderamente patrióticos que los han inspirado. El primero trata de la protección que merece la infancia desvalida y de los medios que se han puesto en práctica para socorrerla. El segundo nos da a conocer lo que debe ser la capital, la urgencia de transformarla en una urbe higiénica, hermosa, digna rival de las metrópolis del Plata y del Brasil. Y los dos son libros de optimismo, de fe, de ideal, de amor por una patria más sana, hermosa y progresista.

Son dos libros que deben interesar a las mujeres. El de "La infancia desvalida" seguramente ya habrá sido estudiado por más de alguna de las lectoras de Familia. Habla al sentimiento por excelencia de la mujer, al instinto maternal y por lo tanto no necesita de recomendación alguna para interesar. Ahora, si a los atributos de su esencia se añade que la obra está escrita con sencillez, con mesura, con calor de afecto verdaderamente sentido, podemos colegir que su éxito como libro de propaganda está asegurado y que su autor conseguirá lo que desea: llamar la atención de las almas bien puestas hacia el problema más transcendental de Chile: la limpieza y aumento de su raza.

"Santiago Futuro" debe ser también un libro que nosotras conozcamos, porque nos señala los problemas de nuestro gran hogar: la ciudad. Si todos estamos de acuerdo en que las funciones primordiales del sexo femenino son los que atañen a la conservación de la especie y a los cuidados domésticos, tendremos que convenir también en que hoy el hogar no es un organismo aislado que pueda bastarse a sí mismo, como acontecía en los tiempos antiguos. En este siglo de las máquinas y de las sociedades anónimas, todo hogar depende de los agentes exteriores: el alimento para los hijos y la familia no es producido directamente por la casa; ha de comprarse a las fábricas o a los establecimientos comerciales que lo elaboran; la lumbré, que en un tiempo se extraía de las velas de industria doméstica, es ofrecida por el gas y la electricidad que se preparan en vastísimas empresas; tampoco como antaño se carda la lana, ni se hila el lino, ni se tejen las telas dentro de los muros del hogar; todo viene de fuera, es producto de la máquina y del esfuerzo ajeno. El hogar es una célula de un gran organismo del cual depende la sociedad, y por lo tanto, la mujer que desea cumplir a conciencia su función de dueña de casa, de esposa, de madre, tiene que interesarse por los problemas sociales, tiene que saber lo que pasa en ese hogar amplio que envuelve el suyo y que le da la buena o mala atmósfera en que ha de vivir. Los buenos servicios municipales aseguran a la madre la posibilidad de conseguir leche pura para sus guaguas, alimento no falsificado para sus demás hijos, jardines no contaminados por epidemias, calles limpias e higiénicas, habitaciones soleadas, barrios sanos en que poder vivir ella y su familia. Tan cierto es que las más interesadas por una buena administración comunal y municipal son las mujeres, que en la mayor parte de los países en que se les niega el sufragio político, se les permite votar en cuestiones municipales.

Un último detalle para ilustrar este asunto. En las grandes ciudades el mejor auxiliar de los servicios domésticos es hoy por hoy la electricidad. Mediante su uso, las faenas caseras, como el aplanchado, el lavado, la limpieza de las habitaciones, la cocina misma pueden efectuarse con considerable economía de tiempo y de esfuerzo.

En Santiago no puede hacerse otro tanto. ¿Por qué? Pues porque la empresa de Tracción Eléctrica, dependiente de la Municipalidad, pide un precio exorbitante por el kilowatt, precio que naturalmente imposibilita el uso de la electricidad en las faenas diarias de la casa. Nosotras recomendamos la lectura de "Santiago Futuro" a las damas que patrocinan Familia. El hormoseamiento y sanidad de la capital puede ser obra de las mujeres también, y daría un bellísimo ejemplo alguna de nuestras grandes señoras que pusiera su entusiasmo y su actividad al servicio de tan hermosa causa.

AMANDA LABARCA HUBERTSON